

Javier Cercas

INDEPENDENCIA



¿Cómo enfrentarse a quienes manejan el poder en las sombras? ¿Cómo vengarse de quienes más daño te han hecho? Vuelve Melchor Marín. Y vuelve a Barcelona, donde es reclamado para investigar un caso vidrioso: están chantajeando con un vídeo sexual a la alcaldesa de la ciudad. Cargado con su pesar por no haber encontrado a los asesinos de su madre, pero también con su inflexible sentido de la justicia y su rocosa integridad moral, Melchor debe desmontar una extorsión que no se sabe si persigue el simple beneficio económico o la desestabilización política, y, para hacerlo, se adentra en los círculos del poder, un lugar donde reinan el cinismo, la ambición sin escrúpulos y la brutalidad corrupta. Por ahí, esta novela absorbente y salvaje, poblada de una pléyade de personajes memorables, se convierte en un retrato demoledor de la élite político-económica barcelonesa, pero sobre todo en un furioso alegato contra la tiranía de los dueños del dinero y los amos del mundo.

Índice de contenido

Cubierta

Independencia

Primera parte

1

2

3

Segunda parte

1

2

3

Tercera parte

1

2

3

Epílogo

1

2

Nota del autor

Para Raül Cercas y Mercè Mas, mi Terra Alta

Melchor irrumpió en el local y, abriéndose paso entre los clientes, se dirigió a la barra, se sentó en un taburete y pidió un whisky. El camarero lo miró como si fuera un extraterrestre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Tranquilo —contestó Melchor—. Vengo en son de paz.

—¿En son de paz?

—Eso es. Me vas a poner el whisky, ¿sí o no?

El camarero tardó en contestar.

—¿Solo o con hielo?

—Solo.

Eran más de las tres de la madrugada, pero el sitio todavía estaba bastante concurrido. Varias chicas bailaban desnudas o semidesnudas en la pasarela iluminada que recorría el centro de la sala principal, acibilladas por luces estroboscópicas, mientras algunos hombres las observaban con ojos hambrientos; aquí y allá, otras chicas, solas, en parejas o en grupos, aguardaban la llegada de los últimos clientes. O el final de la noche. Por los altavoces sonaba *Like a Virgin*, una vieja canción de Madonna.

—Si no lo veo, no lo creo —oyó Melchor a su espalda.

Mientras el camarero le servía el whisky, el hombre que acababa de hablar se sentó en un taburete junto al policía. Era un mulato vestido de oscuro, calvo y fortachón, de no menos de dos metros de altura. Melchor dio un largo trago a su bebida y el mulato la señaló.

—¿Has dejado la Coca-Cola?

—Sí —contestó Melchor—. Estoy de celebración.

El mulato mostró una doble hilera de dientes blanquísimos.

—¿No me digas? —preguntó—. ¿Y qué celebras? ¿Que el juez nos dio la razón y te dejó con el culo al aire?

—El juez no os dio la razón, capullo —le corrigió Melchor—. Sólo dijo que no había pruebas contra vosotros. Pero no te preocupes, ya las encontraré. Ponme otro whisky.

El camarero, que no se había apartado de ellos y conservaba la botella en las manos, volvió a servirle. Sin dejar de sonreír, el mulato hizo girar su taburete hasta dar la espalda a la barra y, con los codos apoyados en esta, se quedó observando a las bailarinas de la pasarela. Melchor bebió otro sorbo de whisky.

—¿Sabes por qué me gusta tanto este sitio? —preguntó.

El mulato no dijo nada. Melchor volvió a llevarse el vaso a los labios.

—Porque me recuerda mi infancia —dijo, después de tragar—. Mi madre era puta, ¿sabes? Así que yo me crié en sitios como este, rodeado de putas como ellas y de macarras como tú. Eso es lo que estoy celebrando: volver a casa.

La canción de Madonna se acababa, y la carcajada del mulato resonó con escándalo en el silencio creciente del prostíbulo. En los altavoces, Rosalía sustituyó enseguida a Madonna, y dos o tres chicas se movilizaron para bailar entre los clientes y las compañeras. El mulato apoyó una manaza en el hombro de Melchor.

—Así me gusta, poli —dijo—. Hay que saber perder. —Se puso en pie y, guiñándole un ojo al camarero y señalando a Melchor, añadió—: Invita la casa.

Melchor continuó bebiendo sin levantar la vista de su vaso y, aunque todas las chicas le conocían, ninguna se acercó a él. Cuando pidió el tercer whisky, sin embargo, una de ellas tomó asiento a su lado. Era española, morena, madura, entrada en carnes, y llevaba un corsé negro con

los pechos al aire. Le pasó una mano por el cuello y pidió una copa de cava. El camarero le advirtió a Melchor:

—Las copas de las chicas no entran en la invitación.

Melchor hizo un gesto de asentimiento y el camarero sirvió el cava. Bebieron aguardando a que el mozo se alejase de ellos. Cuando fue a servir al otro extremo de la barra, Melchor preguntó:

—¿Seguimos adelante?

—Claro —contestó ella.

—¿Seguro? —insistió Melchor—. Si nos cogen, tendrás problemas.

La mujer compuso una mueca de indiferencia.

—Yo no me arrugo, nene.

Melchor asintió sin mirarla.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a esperar un rato. Cuando me veas subir, te vas con ellas. Dejas abierta la puerta y les dices que iré enseguida.

—Están muy asustadas. ¿Quieres que me quede hasta que llegues?

—No. Tranquilízalas. Diles que no pasará nada. Diles que iré enseguida. Y luego abres las otras dos puertas, las del balcón, y te vas a tu casa o te vuelves aquí. No, mejor vete a tu casa. —Se detuvo un momento—. ¿Lo has entendido?

—Sí.

Melchor volvió a asentir, pero esta vez la miró.

—Ten cuidado —dijo ella.

—Tú también —dijo Melchor.

La mujer se levantó de su taburete y, dejando la copa mediada en la barra, se alejó de él.

Melchor siguió bebiendo sin hablar con nadie salvo con el camarero, sin levantarse salvo para orinar. Cuando el local se hallaba ya casi vacío, volvió a aparecer el mulato, que al verle sonrió con disgusto.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó.

—Lleva seis whiskies —respondió por él el camarero—. Lástima que no fueran Coca-Colas: estaría muerto.

—Necesito ver a tu jefe —anunció Melchor.

El mulato arrugó el ceño; su sonrisa había desaparecido de golpe, engullida por la carnosidad malva de los labios.

—No está.

Melchor chasqueó la lengua.

—¿Te crees que soy tonto? Claro que está. No se va hasta que cerráis: no vaya a ser que le robéis la cartera.

El mulato le observó con una mezcla de curiosidad y de recelo.

—¿Para qué quieres ver al jefe?

—Eso a ti no te importa.

—Claro que me importa.

—Dice que viene en son de paz —terció el camarero.

La mirada del mulato brincó del camarero a Melchor y de Melchor al camarero, que finalmente se encogió de hombros.

—Quiero pedirle disculpas —dijo Melchor—. Por el juicio. Por las molestias. En fin, ya sabes.

El mulato pareció relajarse.

—Claro. Me parece bien. Pero para eso no hace falta que le veas. Yo se lo diré: date por disculpado.

—También quiero hacerle una propuesta.

El mulato volvió a ponerse en guardia.

—¿Qué propuesta?

—Eso sí que no te lo voy a decir.

—Entonces olvídate de hablar con él.

—Como quieras. Pero la propuesta es buena, le interesará. —Miró al camarero y añadió—: No creo que le guste enterarse de que no me dejaste que se la contara.

Ahora el mulato pareció dudar; volvió a mirar al camarero y, escrutando a Melchor, después de unos segundos se alejó un poco, lo justo para hablar por teléfono sin riesgo de que le escucharan. Cuando acabó la llamada, con un gesto desganado le indicó al policía que le siguiera.

Cruzaron la pista desierta, subieron dos pisos por unas estrechas escaleras y, al llegar al segundo descansillo, el mulato le abrió una puerta y le invitó a pasar. Al otro lado le aguardaba el despacho del jefe, que no se levantó al ver entrar a Melchor. Tampoco le tendió la mano. Estaba sentado detrás de una mesa un poco desvencijada, con las manos a la vista y un brillo burlón en los ojos.

—¿Por qué no me has dicho que estabas aquí? —preguntó, indicándole una butaca ante él—. Hubiera bajado a saludarte.

Melchor no se sentó. El jefe era un hombre laboriosamente apuesto, de unos cincuenta años, con el pelo engominado, la barba meticulosa y entreverada de canas, las manos hirvientes de anillos; iba en mangas de camisa, llevaba tirantes y lucía un collar de plata en el pecho, con un gran medallón dorado. Se llamaba Eugenio Fernández, pero, por razones que Melchor ignoraba, todo el mundo le conocía como Papá Moon.

—Me han dicho que quieres disculparte —añadió—. También me han dicho que has estado ahogando las penas en whisky. Bien hecho. De todos modos, yo ya te advertí que te estabas metiendo en un lío. Es la ventaja de vivir en una democracia, chaval: aquí todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario. Incluido yo, que no leo libros, como tú. Pero hasta ahí llevo. ¿No piensas sentarte?

Melchor no contestó. Papá Moon interrogó con la mirada al mulato, que estaba a la espalda del policía, y que se encogió de hombros. Detrás de él había una lámpara de pie encendida, y delante, sobre la mesa del despacho, un flexo; ambos iluminaban tenuemente la estancia. Encastrado en la pared del fondo, frente a la mesa del despacho, un televisor de plasma retransmitía con el volumen muy bajo un partido de baloncesto de la liga norteamericana.

—¿No vas a decir nada? —volvió a preguntar Papá Moon.

—Tengo que hacerte una propuesta —dijo por fin Melchor.

—Es lo que me ha dicho Samuel —dijo Papá Moon. Hizo girar un poco la silla en que estaba sentado y abrió unos brazos acogedores—. Soy todo oídos.

Melchor se volvió un instante hacia el mulato y luego otra vez hacia el jefe.

—No te preocupes —intentó tranquilizarle Papá Moon—. Puedes decir lo que quieras: Samuel es de toda confianza.

Melchor no apartó la mirada de Papá Moon, que tras un par de segundos suspiró y, moviendo levemente la cabeza, le indicó al mulato que se marchase. Tras dudar un momento, el mulato registró a Melchor, que le dejó hacer: no iba armado; sólo llevaba un par de esposas en los bolsillos. Luego preguntó:

—¿Está seguro, jefe?

Papá Moon asintió.

—Vete cerrando —ordenó—. Yo bajo enseguida.

De mala gana, el matón salió y cerró la puerta tras él.

—Bueno. —El jefe se retrepó en su sillón—. Tú dirás.

Melchor dio dos pasos hacia delante, apoyó los nudillos en la mesa del despacho y, estirando su tronco sobre ella, se acercó mucho a Papá Moon, como si quisiera susurrarle algo.

—Se trata de las niñas —anunció.

El jefe puso cara de aburrimiento.

—¿Todavía estás con eso?

Melchor se quedó mirándolo. Papá Moon preguntó:

—¿Qué pasa con las niñas? —Hubo otro silencio, hasta que en la cara del hombre empezó a abrirse paso una sonrisa cómplice—. Acabáramos —dijo—. A ti también te gustan, ¿verdad?

Iba a añadir algo, pero no pudo: Melchor le pegó un cabezazo seco en la frente y, sin darle tiempo a reaccionar, le agarró de la nuca y estrelló su cráneo contra la mesa, que

crujió como si se hubiese roto. Luego rodeó la mesa, cogiéndole del cuello le levantó y volvió a pegarle, primero un puñetazo en el estómago y luego una patada en los testículos. Papá Moon cayó al suelo con un alarido.

—No grites —le advirtió Melchor: le había agarrado el collar de plata y tiraba de él apretándole contra la nuez de Adán, como si quisiera ahogarlo—. Si vuelves a gritar, te parto el alma.

Papá Moon estaba arrodillado, buscando aire que respirar.

—¿Te has vuelto loco? —alcanzó a gemir, colorado como un tomate.

Melchor volvió a golpearle la cabeza, esta vez contra el costado de la mesa, lo abofeteó, con la misma mano con que sostenía el collar le aferró los dos brazos y se los retorció a la espalda mientras con la otra mano le registraba hasta encontrar su móvil. Lo destrozó contra el suelo.

—¿Dónde tienes la pistola? —preguntó.

—Me vas a romper el brazo.

—He dicho que dónde tienes la pistola.

—¿Qué pistola?

Ahora la cara de Papá Moon fue a estamparse contra el suelo. Cuando Melchor volvió a levantársela, un reguero de sangre le bajaba por la nariz y le mojaba la barba. Melchor repitió la pregunta. El jefe la contestó y, sin soltarlo, Melchor abrió un cajón, sacó la pistola y se cercioró de que tenía el cargador lleno. Luego obligó a levantarse a Papá Moon.

—Esta vez se te ha ido la olla, poli —alcanzó a rezongar—. Aquí se acabó tu carrera.

Melchor le retorció con más fuerza el brazo y le puso el cañón de la pistola en la mandíbula.

—Luego hablaremos de eso, jefe —dijo—. Ahora vamos a salir de aquí y tú vas a portarte de puta madre. —Luego le advirtió, moviendo la pistola contra él—: Si pegas un grito, esto se dispara. Si haces cualquier tontería, esto se dis-

para. ¿Queda claro? —Papá Moon guardó silencio. Melchor volvió a retorcerle el brazo y el hombre asintió—. Muy bien —dijo Melchor—. Andando.

Pegados uno al otro, salieron del despacho de Papá Moon, bajaron las escaleras que había subido antes Melchor y, en el primer descansillo, el policía entreabrió una puerta y se asomó al otro lado. Allí había una especie de balcón, en realidad un pasillo exterior que recorría la fachada del prostíbulo y desde el cual se veía la entrada y el aparcamiento, donde aún quedaban varios coches. Caminaron a toda prisa por el balcón, dejaron atrás una escalera que bajaba hacia el aparcamiento y, al final, Melchor volvió a entreabrir otra puerta y volvió a cerciorarse de que no había nadie al otro lado. Hecho esto, abrió del todo la puerta y se internaron por otro pasillo, este interior e iluminado con una luz cruda, al que daban una serie de puertas, de algunas de las cuales salían voces, ruidos, alguna risa. Melchor abrió la última puerta. Dentro aguardaban tres adolescentes: dos de ellas estaban acurrucadas en una cama y la otra de pie en medio de la habitación; las tres eran negras como la hulla y miraban a los recién llegados con ojos de expectación y de pánico. Melchor cerró la puerta a su espalda, paseó la mirada por las tres y les preguntó si estaban preparadas.

Sólo la que ya estaba de pie asintió, pero las otras dos se levantaron de inmediato. Melchor conocía a las tres. Habían nacido en Lagos, Nigeria, y sus historias no diferían en lo esencial. Las tres habían llegado a Madrid años atrás, huyendo de la miseria y con la promesa de que en España podrían estudiar. Allí les arrebataron el pasaporte y el móvil, les prohibieron ponerse en contacto con su familia y salir a la calle, les reclamaron sesenta mil euros por los gastos de viaje y, para aterrorizarlas, las sometieron a un ritual consistente en cortarles las uñas y el pelo, en afeitarles el sexo y las axilas y en forzarlas a beber un brebaje alucinógeno. A partir de entonces las obligaron a prostituirse. Fue así como

empezaron un periplo por clubs de alterne de media España, en los que trabajaban de cinco de la tarde a cuatro de la madrugada con el fin de pagar la deuda que, en teoría, habían contraído con la organización que en la práctica las tenía secuestradas. Un periplo con el que Melchor había resuelto terminar allí, aquella noche.

Obligó a Papá Moon a sentarse en el suelo, junto a la cama de las adolescentes, sacó sus esposas y con una de ellas le ató la muñeca derecha a una pata de la cama y con la otra le ató la muñeca izquierda a la otra pata.

—Te has vuelto loco, poli. —Papá Moon habló con toda la rabia sorda que la paliza le había insuflado—. Esta la vas a pagar.

Fue lo último que dijo: Melchor le taponó la boca con un pañuelo y se lo metió hasta la garganta. Las tres adolescentes observaban la operación desde la puerta del cuarto, temblando de miedo.

—Ahora escúchame con atención, pedazo de mierda —le dijo Melchor, en cuclillas frente a Papá Moon—. No pudo ser por las buenas, así que será por las malas. A estas niñas me las voy a llevar. Ni se te ocurra volver a traer otras. Y ni se te ocurra denunciarme. ¿Sabes lo que pasará si me denuncias? Atiende bien, porque sólo te lo voy a decir una vez. Si me denuncias quemaré este garito. Mataré a tus hijos y a tu mujer. Mataré a tu familia entera. Y luego te mataré a ti. Eso es lo que pasará. Lo has entendido, ¿verdad? —En los ojos de Papá Moon la rabia se había transformado en un miedo animal, incontrolado. Melchor le acercó todavía más la cara para añadir—: Dime, lo has entendido, ¿sí o no? —Papá Moon movió arriba y abajo la cabeza; Melchor le dio una palmadita satisfecha en la cara y dijo—: Estupendo.

Se levantó y se volvió hacia las chicas. El efecto del whisky se le había pasado; tenía la mente despejada, y se sentía ligero y feliz.

—¿Listas? —preguntó.

Las tres asintieron. Se llamaban Alika, Joy y Doris. Alika y Joy tenían diecisiete años; Doris, dieciocho. Parecían haberse uniformado para tomar parte en una carrera popular o en una manifestación política: camiseta oscura, vaqueros baratos y zapatillas de deporte. Las tres lo miraban con ojos grandes, implorantes y asustados, como si un meteorito estuviera a punto de caer sobre el prostíbulo y sólo él pudiera salvarlas de la catástrofe. Melchor entreabrió la puerta, se cercioró de que no había nadie en el pasillo, se encajó la pistola en la cintura y cogió de las manos a Alika y a Joy, que eran las más pequeñas.

—Tranquilas —les dijo—. No os separéis de mí y todo saldrá bien. —Terminó de abrir la puerta y añadió—: Vamos allá.

Primera parte